

COSITAS ANTIGUAS

M. sep. 30/56

Por Carlos Robreño

Las Fondas y los Puestos de Chinos

Cuando a fines de la primera década de este siglo vino abajo estrepitosamente el milenario imperio de los mandarines; para celebrar el advenimiento de la Celeste República y la proclamación de Sut Yan Sen como su primer presidente, todos los chinos residentes en La Habana, organizaron diversos actos populares con objeto de demostrar su regocijo y entre ellos destacó una nutrida manifestación que recorrió nuestras principales calles, portando los concurrentes a ella numerosas banderas de la naciente República que habían sustituido al amarillo pendón que en el medio ostentaba un imponente dragón.

A fin de incorporarse desde tal momento a la civilización occidental, los nuevos ciudadanos desfilaron ese día después de haberse cortado la trenza, símbolo retrasado del destruido imperio, vestidos impecablemente de dril blanco y luciendo algunos de ellos hasta espejuelos.

A muchos extrañó, sin embargo, dicha uniformidad en la indumentaria, pero bien pronto se supo el motivo, ya que aquel día pocos habaneros pudieron vestirse de igual modo. Todos los trajes de semejante clase que se hallaban en los trenes de lavado servidos por chinos fueron utilizados en tan fastuosa mise en scene, para después de planchados nuevamente, ser devueltos a sus dueños.

Y desde entonces, la inmensa colonia asiática siguió conviviendo en esta isla sin prescindir de su sistema de trabajo que se fué conservando hasta hace pocos años en que las leyes nacionalistas y el inevitable proceso evolutivo introdujeron las lógicas innovaciones. Así hemos llegado a esas cafeterías con ribetes yankees servidas por chinos, donde se mezclan en un democrático blue plate, el norteamericano hamburger con el oriental "chop suey" y con el criollísimo moros y cristianos y que han desplazado aquellas fondas de barrios, donde el pálido dependiente de tez amarilla y ojos oblicuos le gritaba al lejano cocinero: ¡Lopa vieja para caballo! ¡Calme con papa "pa" señor de la patilla lobia! Y al final no había necesidad de escribir y entregar el "check", puesto que el mismo sirviente se encargaba de pregonar a voz en cuello: ¡Treinta y siete centavo! ¡Veinte siete quillo!

x x x

Los chinos eran también fuertes contrincantes

del comercio español en el giro de trenes de lavado. Los establecimientos hispanos estaban atendidos por habilidosas lavanderas y forzudos asturianos que a fuerza de recias muñecas le sacaban con la plancha a camisas y cuellos aquellos reflejos brillantes que eran su especialidad.

Los precios que brindaban los hijos de la Celeste República eran mucho más baratos, ya que suprimían bastante almidón en su manufactura y además ofrecían un servicio mucho más rápido, aunque fuera a costa de la mayoría de los botones de aquellos calzoncillos largos y camisetas de crepé que usaron nuestros padres y abuelos. El chino lavadero, sin embargo, no ha desaparecido completamente de nuestro escenario tropical, a despecho de nuevos implementos eléctricos que van surgiendo en dicho proceso.

x x x

Pero de todas sus actividades comerciales, ninguna ha dejado en nuestro recuerdo tan agradable huella como aquella de los puestos de "bollitos y chicharrones" de nuestros días escolares en que cinco centavos en calderilla nos servían para combinar al mediodía como merienda, un sabrosísimo menú a base de bollitos, rositas de maíz, frituras de bacalao y mariquitas.

Ciertamente hemos visto después algunos peregrinos establecimientos en mitad de la acera provistos de aparatos más higiénicos, de fijo, que aquella amplia caldera llena de manteca de varios días, que se utilizaba en la confección de tales chucherías, pero a fuer de sinceros tenemos que confesar que por medios tan modernos no se les imprime el delicioso sabor que aún nos hace relamernos de gusto al recordarlo...

También teníamos en aquel entonces, al chino perfumista, en franca competencia con el isleño baratillero, pues igualmente llevaba a domicilio sus bien olientes mercancías y mucho más humildes, más resignados, ambulaban por esas calles los vendedores de abanicos de guano y de maní. ¡Lulce, maní, melcocha!

Todos eran de carácter apacible y llevados por esa incomparable filosofía oriental, incapaces de buscar trifulca en la vía pública, pero si alguien osaba hacerlo, tenían para defenderse un arma terrible: ¡el pito de auxilio!

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA